

## REVISTA DE TEATROS.

### DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUMERO 196.

MADRID 23 DE JULIO DE 1843.

Segunda serie.

Que exalta su agitación  
Entonces va la memoria  
El pasado recordando  
Y en cada recuerdo hallando  
El preludio de la guerra  
Con que me estas coronando  
Entonces va el pensamiento  
Pasado de ayer a hoy  
Y a lo que un movimiento  
La en suspiro, ya un acento  
Que me dice: ¡vaya voy!  
Recuerdo el dichoso día  
Que te vi por vez primera  
Tan bella de hijastro,  
Tan pura y tan hechicera,  
Tan hermosa como mis  
Oste mi amante tierno  
Y te comoviste mi amor,  
Me diste una cita luego  
Donde el alma se desator  
Premio mi constante feo,  
Que tímida coal temblaba  
Tu linda mano, ángel mio,  
A y todo me revelaba  
Las delicias que guardaba  
A mi pecho la amoro.  
Recuerdo los negros rixos  
De tu brillante cabellito,  
Que van con desahogado bello  
A confundir sus hechizos,  
Con los del moribundo cuello:  
Recuerdo de las acenfas  
La armonía y la trascendencia,  
Recuerdo los sentimientos  
Y los dulces juramentos  
Que me hiciste de constancia  
Y las veces muy contadas  
Que me hiciste de constancia  
Y las veces muy contadas

#### LA SONAMBULA.

Composicion dedicada a la señorita doña E. Pacheco.

¡Oh muerte! ¿dónde te escondes?  
¿Por qué tardas en venir?  
¿Dónde estás, que no respondes  
Al que desea morir?

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Serena y tranquila la noche se mostraba cuando salía Almerinda de casa de su padre, dirigiéndose, como tenia de placida costumbre, donde la noche antes supo la perfidia y muerte de Arturo su amante, quien despues de haber hecho protestas y juramentos de amor y haber muerto en un desafio a Claudio, su rival, huyó de Granada, sin que nadie llegara a saber su paradero, hasta que apareció en la casa de don Rodrigo, padre de su amada, un ayuda de armas, que dijo a esta haber muerto a aquel despues de haber unido su mano a la de la hija del alcaide mayor de Sevilla, con quien se decia le unian vinculos sagrados.

Sigamos a Almerinda; que despues de haber andado largo tiempo por el jardin, y a veces por un mismo paraje, va a parar delante de una fuente guiada no por su vista, porque va adormida, y sí por el instinto del amor y el objeto de su sueño cruel y aterrador: allí se sienta en un sofá de piedra, recostándose sobre sus desnudos y torneados brazos. Conócese lo triste que es su sueño y lo superior que se quiere hacer a sus fuerzas, mostrándose una sere-



YO FALLEZCO..... NO PUEDO VIVIR MAS.....

nidad forzada y precursora de alguna desgracia en su rostro; la hermosura tan divina de este, la languidez natural de su cuerpo, sus cerrados ojos, y sus negros cabellos flotantes sobre su ropaje blanco forman el contraste mas maravilloso, asemejándola a una virgen; allí no hay arte ni coqueteria; parece que la ha escogido la naturaleza para ostentar todo su poder y hermosura: los rayos de la blanca luna se destacan sobre su frente como si de este modo quisieran desvanecer la negra pesadilla que la abruma y hacer mas verdadera la resignacion forzada que tanto la hiciera padecer, y ella buscaba para ver si la conducia a la muerte, donde creia estaba su amante. Pero, ¿cuánto sufría su corazón! ¿Cómo sobrellevar tan terrible nueva? Estas y otras reflexiones harías palpar con violencia al corazón mas duro é insensible.

Una sonrisa irónica se escapa de sus coralinos labios, que mas bien denota desgracia que placer; pensando siempre en su amante, sale por fin de aquellos su nombre, repitiéndole y dejando intervalos como para descansar de la fatiga en que la sumergian sus desdichas, llamándole con un acento suplicante y de tristeza.

—Arturo.... Arturo!... Arturo mio!... ah! se ha muerto!! me ha sido perjuro!... perjuro y todo, le queria: sí! perjuro aunque me despreciara, aunque me repudiara por otra muger, en viéndole era dichosa. ¡Volvédmele, Señor, ó llevadme a donde esté!... Ah! sí iré, y entonces ¿me amará? sí, le recordaré las noches tan deliciosas que hemos pasado aqui, juntos, estrechándome mis manos entre sus manos, descansando mi cintura entre sus brazos y estampando sus labios en los míos: qué noches tan encantadoras eran aquellas!! pero ahora me es un

suplicio la vida; oh! ¡misera existencia! oh! voluntad humana!... ¿Y no le he de volver a ver jamás! Oh! Dios!! aléjame de este pantano de desgracia. Oh! muerte!! ¿por qué no vienes? ¿por qué no arrancas la vida? Ah! no tardaré mucho en seguir pronto nos volveremos a ver, Arturo! por verte ¡ta pierdo la vida, hasta te sigo en la muerte!

Pasa un momento de silencio, despues del le rompe diciendo:

—No puedo llorar: el corazón ahoga mis lágrimas: cuando yo me creia dichosa, cuando ya ¡llegar el momento que tanto anhelaba para prociar unos votos indisolubles ¡la muerte me la arrebatado!!.... pero si no fuera cierto y si to vía viviera, si fuera una traicion, un engaño, ro.... Se levanta y despierta asustada exclamando:

—Era un sueño!! vuelve a caer sobre el sofá diciendo:

—Yo fallezco!!.... no puedo vivir mas! Arturo.... ha muerto!!

Y ella tambien murió cual flor tronchada por el raiz, al hacer esta exclamacion aterradora y la morsa.

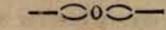
Despues del desafio que tuvo Arturo con Claudio huyó de Granada para ponerse a salvo de las persecuciones y pesquisas que pusieran en juego la milia de su rival; escribió a Almerinda desde Córdoba, y como no recibiera ninguna nueva de ella, mandó a Lorenzo, su ayuda de armas, a Granada con una carta para su amada, dándole quejas de silencio y atribuyéndole que la rindiera a la presencia ya tendria otro caballero que la rindiera yores y la hubiera hecho romper sus juramentos pero Lorenzo, de nacion italiana, y queriendo vengarse de su señor por haberle dado de palos una

se resistió á sus mandatos, logró encontrar es- sion, fingiendo á su señor la mayor fidelidad o que se captó su confianza y labrando de nodo su larga venganza, la que ejecutó dicien Almerinda que Arturo habia muerto como ya s referido; añadia que iba á morir del pesar e causaba esta desgracia, y que sino lo conse- a por medio de un líquido sutil y venenoso que rvaba de su pais, para acabar de padecer y de ; siendo su mayor placer morir á los pies de e algun dia debió ser su señora. Almerinda, pesar del acceso de su dolor no podia menos r con gusto que Lorenzo, á quien llamaban ervidor, sintiera de un modo tan doloroso la acia que á ella le aquejaba, no pudo menos de mecerse y temer por su honor al oír la última del italiano vengador: y como viera que acom- ba las palabras con tan fingida naturalidad; do sacó el pomo porque aludia y que su aptitud á conocer que iba á tomarlo, se lanzó sobre él a momento supuesto de descuido por parte de logró arrebatárselo de las manos: finge Loren- tirarse desesperado, pero en su corazon rebosa sarcástica alegría; dejando á Almerinda que en ceso de desesperacion, recordando las palabras stuto Lorenzo, bebió el mortal líquido que aca- on su existencia. Lorenzo marchó á Granada y dijo á su señor que nada murió antes de él verla; esta nueva des- la le puso en el colmo de la desesperacion y po- mpo despues en una batalla le condujo su im- oso valor á la muerte que tanto apetecia.

C. A.

**IAJE DE ESPLORACION**

**AL HEMISFERIO DEL SUD.**



(Conclusion.)

de febrero.—El viento salta al S. S. E.: fuer- arisa, pero la masa de hielo permanece intacta. temperatura es de 5° Lajo de cero. Una pelicu- ongelada se esparce sobre los angostos riachue- que divisamos. La nieve que cae en grandes co- va acaso á cubrirlos enteramente nivelando la ura. Es, pues, indispensable tentar el último uerzo para penetrar por ella, mientras esto suce- e porque despues será tarde. A las siete empezó elea su movimiento hacia el N. y el Astrolabio rejó poco despues con el fin de abrirse un paso á fuerza; mas en vano desplegó al viento la me- y las gábias; se dobló la arboladura, pero la beta no avanzó una pulgada. En vista de esto gamos espías, amarrándolas á los grandes peda- de hielo que sobresalian virándolas con el ca- stante. Nuestros zapadores armados de picos, garon los trozos amontonados hasta la altura de pescobenes, rompiendo la soldadura cuajada que a todo el casco del buque á la llanura. Despues ras mayores fatigas, movióse al fin la corbeta, udiendo por su proa un monton de destrozos. o apenas hubo corrido algunas toesas, cuando os aquellos destrozos que huian como espantados ante de nosotros fueron detenidos por una nueva sa que nos esperaba; fué tambien preciso romper vitar esta roca de cristal. El viento que soplabá íamente nos ayudaba impeliendo la corbeta, que trozaba los pedazos de hielo arrojándolos delante si. La mar libre solo estaba á 2 millas de noso- ; distinguíanse ya algunos canales de 6 á 8 pies, dos cuales penetraba el Astrolabio impetuosamen- cediendo á la irresistible impresion del viento. chas veces se abalanzaba con valer sobre los smos hielos flotantes, que le hacian bambolear stornando su rumbo, y fué para nosotros una una que otros hielos nos arrojasen al verdadero nino. Cuántas veces detuvieron la velocidad de corbeta masas cuajadas tan grandes como ella sma! Gracias á nuestra constancia y á un trabajo esante doblamos aquellos hielos, cuyas pantas aban á las servientas y á las mesas de guarñcion los buques. Algunos marineros apostados en los ndes trozos para ayudar á evitarlos, corrieron ndes peligros. A las cinco de la tarde, despues de nueve horas trabajos y fat gas mirábamos ya la sólida llanura r nuestra popa. Las dos corbetas flotaban en fin bre una mar desembarazada. Nos pusimos á la ca- , porque no pediamos maniobrar mas tiempo con s velas y cuerdas heladas; el frio era tan terrible e las olas, que se estrellaban contra los costados el buque, se condensaban al momento. El Astro- bio y la Zelea conservaron hasta el 15 de febrero

sus brillantes adornos de nieve y de cristal. Asi que el tiempo lo permitió; volvimos de nuevo á pene- trar en los hielos, explorando desde donde nos ha- llábamos hasta las cercanías de la tierra de Sand- wich; pero tanta energia, tanta perseverancia por parte de nuestro gefe solo sirvieron para convencer á todos los que tuvimos parte en la expedicion, de que las famosas derrotas de Weddel, verdaderas ó imaginarias, encontraron el invencible obstáculo de una costa de hielo continuo, que nosotros esplora- mos en una estension de 200 leguas. Un dique tan largo debe tener un espesor considerable para resis- tir al ímpetu del Océano: por consiguiente, es im- posible que ningun buque pueda atravesarlo, pues que con viento fresco y con los esfuerzos de nues- tros intrépidos marineros, tardamos nosotros nueve horas en navegar una legua. El 16 hicimos rumbo hacia las islas Orkney, cuyo reconocimiento de N. á S. fue terminado.

El 25 seguimos la vuelta de Shetland; rectifi- camos su hidrografia, y corrimos hacia el S. para descubrir las tierras vagamente anunciadas por los balleneros.

El 27 hallándonos á los 63° latitud y 60 de lon- gitue O. vimos unas montañas elevadísimas que pertenecen á una tierra rodeada enteramente de nie- ve. Las cimas mas escarpadas eran las únicas que asomaban sus picos por encima de la nieve. Una do- ble cadena de islotes y de rocas circunvala esta tier- ra y defiende su entrada.

Entre estas tierras australes y el archipiélago de Shetland hay un ancho canal frecuentado por las ba- llenas, cuya pesca debe reportar grandes utilidades á los que trafican con esta especie de cetáceo que abunda allí muchísimo. Por otra parte; espantadas las ballenas de las costas de Chili y de la Nueva Ze- landa por la multitud de buques que las persiguen, no tardará en ganar las latitudes altas; nuestros pes- cadores pueden pues prepararse á atacarlas en el ca- nal de Shetland.

El 7 de marzo doblamos la punta O. de este ar- chipiélago, haciendo rumbo hacia Chili. El escorbu- to se cebó en la mitad de nuestra tripulacion, y lle- gamos á las costas de América en un estado deplora- ble.

El 7 de abril fondeamos en el puerto de la Con- cepcion, donde un largo descanso nos dará tiempo para reconocer los buques y atender debidamente á nuestros enfermos. La fragata inglesa Presidente nos ha proporcionado el cobre necesario para la carena; y tanto el admirable Ross como sus oficiales nos re- cibieron con la mayor cordialidad. Al ver el destro- zo de nuestras corbetas, cuyos puentes estaban pla- gados de enfermos, han conocido bien los trabajos que hemos sufrido, y al seguir con la vista sobre la costa la carrera de 200 leguas de estension que he- mos corrido bajo el 64 y el 62 paralelos, al exami- nar las nuevas tierras de las que hemos reconocido y descrito 40 leguas, estos estrangeros han aprecia- do justamente los trabajos de la expedicion austral.

Hoy 15 de mayo. Nuestros buques están en dis- posicion de hacerse á la vela, y los enfermos casi res- tablecidos: dos de ellos han muerto. Dentro de po- cos dias estaremos en Valparaiso, desde donde häre- mos rumbo para Oceanía.

Traducido por J. M. de A.

**POESIA.**

A MI AMIGO DON ANTONIO PIRALA.

**AUSENCIA.**

Cuando de ti separado  
Me miro, prenda del alma,  
Mi corazon, agitado  
Mientras estuvo á tu lado,  
Vuelve á recobrar su calma.  
Mas no pienses, bella mia,  
Que es aquella calma fria  
Que en la noche siente el pecho;  
Despues que fiero despecho  
Devoró durante el dia.  
Es la calma del ardor  
Que el espíritu encendiera,  
Que por ser tan pasajera  
Como tan llena de amor,  
Es triste, vaga y ligera.  
Es tarde de abril florido  
Cuando ya en el Occidente  
Se mira el sol descendido;  
Que á pesar de que escondido  
Se halla el astro refulgente,

Queda de oro un horizonte  
En mar de plata lejana,  
Y quedan nubes de grana  
Con que el empinado monte  
Su verde frente engalana:

De azul con hermosa veste  
Se adorna el opuesto espacio,  
Y va con primor el Este,  
Salpicando lo celeste  
Con mil flores de topacio.

¿Mas que valiera ese arreo  
Que admira la mente ufana  
Y nos dá tanto recreo,  
Si no esperara el deseo  
El bello sol de mañana?

Oh! tal es la calma pura,  
Virgen de mi corazon,  
Cuando sin ver tu hermosura  
Galla el eco de ternura  
Que exalta su agitacion.

Entonces va la memoria  
Lo pasado recordando,  
Y en cada recuerdo hallando  
Un preludio de la gloria  
Con que me estas coronando:

Entonces va el pensamiento  
Pasando de ayer á hoy,  
Ya lo fija un movimiento,  
Ya un suspiro, ya un acento  
Que me dice; *tuya soy.*

Recuerdo el dichoso dia  
Que te vi por vez primera,  
Tan llena de bizzaria,  
Tan pura y tan hechicera,  
Tan hermosa, como mia.

Oiste mi amante ruego  
Y te conmovió mi amor,  
Me diste una cita luego  
Donde el *si* mas seductor  
Premió mi constante fuego.

Que tímida! cual temblaba  
Tu linda mano, ángel mio,  
Ay! todo me revelaba  
Las delicias que guardaba  
A mi pecho tu amorío.

Recuerdo los negros rizos  
De tu brillante cabello,  
Que van con descuido bello  
A confundir sus hechizos,  
Con los del mórvido cuello:

Recuerdo de tus acentos  
La armonía y la fragancia,  
Recuerdo tus sentimientos,  
Y los dulces juramentos  
Que me hiciste de constancia.

Y las veces voy contando  
Que me dijiste te adoro,  
Y te miro suspirando,  
Entre la sonrisa y lloro  
Tus temores espresando.

Y gozo, mi bien, deliro  
Con tales memorias, si;  
Memorias dulces de ti,  
Que cuándo á solas suspiro  
Se compadecen de mi.

Y vienen bellas, mi amor,  
A animar con su primor  
Del seno ardiente la calma,  
Si lejos de tu candor  
Te recuerda fiel el alma.

Y son memorias tan bellas,  
Tan peregrinas centellas,  
Que dorando el horizonte,  
Dan púrpura y verde al monte  
Y dan luz á las estrellas:

Rayos del sol de ventura  
A quien rindió idolatria;  
Pero la atmósfera pura  
Do refleja su hermosura  
En tu ausencia, vida mia

¿Mas no fuera ilusion vaná  
Ese grato devaneo  
En que la mente se afana,  
Si no esperara el deseo  
El bello sol de mañana?

MANUEL OVILO.